

Pongamos la Retórica al día

José Luís Ramírez

José Luís Ramírez González ha sido profesor de Planificación Territorial en la Escuela Superior Politécnica de Estocolmo. Especializado en teoría de la acción y la planificación como ciencia humana, es autor de numerosas publicaciones sobre retórica, semántica y análisis de la relación urbanismo-sociedad, entre las que cabe señalar «Notas sobre fenomenología semántica» (1988), «Categorías de vida urbana y privada» (1989), «Individuo y sociedad en la Suecia actual» (1992), «La retórica como lógica de la evaluación» (1992), «Democracia como estructura y como forma de vida» (1993), «La ciudad y el sentido del quehacer ciudadano» (1995) o «El espacio del género y el género del espacio» (1996).

La inmersión lingüística en que vivimos y las exigencias de una democracia auténtica urgen una formación que no se reduzca a una técnica de la persuasión, sino que fomente un dominio consciente de la expresión, que haga nuestros mensajes auténticos y sinceros y nuestra vigilancia de las comunicaciones que nos abruman más minuciosa. Es preciso revisar la Retórica usual y ponerla al día como ciencia de la expresión.

LA BASE RETÓRICA DE LA LÓGICA

Si el *por qué* de la ciencia natural suele ser la explicación causal, el *por qué* de la ciencia humana es la finalidad, aquello por lo cual hacemos o decimos algo. La *ciencia humana* es la ciencia propiamente dicha; la llamada *ciencia natural* no es más que una técnica investigadora. *Ciencia* supone *actividad* de saber, de entender y explicar, y depende de una u otra vicisitud y de una u otra elección, es decir de una *intención*. La llamada *ciencia positiva* es un *resultado* de esa actividad y por consiguiente de una serie sucesiva de elecciones. Todo resultado elegido va precedido de una elección y toda elección se realiza por deliberación acerca de lo que puede ser de otra manera.

Como decía Vico, el ser humano sólo conoce propiamente lo hecho por él. Lo otro es sólo conocido por la divinidad. Hablar de *hechos* en las ciencias positivas es un uso equívoco del lenguaje. Lo que estudia la ciencia positiva son *datos* (lo dado), no hechos, pues una cosa es –siguiendo a Aristóteles– investigar lo que no puede ser de otra manera y otra deliberar acerca de lo que puede ser de otra manera o evaluar lo que podía haber sido de otra manera. La retórica es nuestra lógica natural, una lógica que se mueve en el mundo de la intencionalidad, base de toda construcción o elaboración. Y como lo que llamamos Ciencia es producto de una actividad humana, desarrollada mediante una elección de datos, con ayuda de una elaboración conceptual a partir de la experiencia, podemos afirmar que la retórica, no la lógica, es la base del *logos* humano, de ese conocimiento elaborado mediante el uso del lenguaje articulado. *Logos* no significa meramente «razón», sino razonamiento: *ratio et oratio*, como diría Cicerón.

La Lógica, en la que se apoya la ciencia positiva, es un *invento* posterior a y basado en la *retórica*, siendo ésta un descubrimiento de algo que existía antes de que se le diera nombre y de que se inventase una ciencia especial llamada *Retórica* con mayúscula. La retórica o modo natural de razonar es el punto de partida del desarrollo comunitario del conocimiento humano. La Retórica (sistematización de ese conocimiento), y la Lógica (técnica especializada para manejar determinados datos recogidos en la experiencia y para elaborar una Ciencia), parten ambas de nuestro modo natural de razonar, del uso espontáneo del lenguaje que es la *retórica*. La ciencia nos ayuda a tener en cuenta *lo dado* y a utilizarlo, pues la naturaleza no se deja dominar sin que obedezcamos sus leyes (*Natura nisi parentur non vincitur*). Pero la astucia de la razón

supera a la mecánica discursiva de la mera deducción. La base de nuestra cultura y nuestra supervivencia es la *Inventio*.

Atravesamos una etapa del desarrollo de la cultura humana en la que nos empeñamos en ser copernicanos absolutos, como si la causa de lo que sucede en nuestro entorno dependiera completamente de una causalidad externa dada y como si pudiéramos excusarnos del uso que voluntariamente hacemos –en nuestra vida y en nuestra ciencia– de las causas dadas, previas y externas a nosotros. Mientras la Ciencia deja a un lado la libertad, la Política habla de libertad humana como si no fuera condicionada. Nuestra libertad de elección está sin embargo limitada por lo posible y lo posible es la base de la Política. Toda posibilidad supone alternativas que nuestra elección convierte en *hechos*. «Ciencia» y «Política» designan al mismo tiempo una *actividad* humana y el resultado de ella. Su base es el conocimiento de lo que es posible, no de lo que necesariamente hay que hacer ni de lo que necesariamente ha de suceder, como a menudo afirmamos.

EL DIVORCIO FUNESTO DE LA LÓGICA Y LA RETÓRICA

El que los compiladores griegos, a diferencia de los árabes, dejaran a la Retórica fuera del *Organon* aristotélico fue un paso en falso. La Lógica vino engañosamente a convertirse en nuestras escuelas en el eje y fundamento del correcto pensar humano. La Retórica se vio parricidamente reducida a algo imperfecto y secundario, convirtiéndose, en el mejor de los casos, en lo que concesivamente ha venido a denominarse *lógica borrosa*, *lógica deóntica* o *modal*, o algo por el estilo. El pensamiento lógico se limita a usar sólo una parte de los recursos lingüísticos, reduciendo el razonamiento a un cálculo formal. Hacer de él la base de nuestra política educativa y el equilibrio discursivo es un error. Pues si algo constituye una limitación del pensamiento es justamente la Lógica, no la Retórica. Vaz Ferreira intentó deshacer el entuerto con su *Lógica Viva*. Nietzsche vio con toda claridad que la prístina ciencia del lenguaje es la Retórica. Y Benedetto Croce presenta su *Estética* como «ciencia de la expresión o ligüística general» identificándola con una Retórica auténtica.

La máxima de este artículo es: *In principio erat Rhetorica, non Logica*. Sería justo partir de la Retórica, como una asignatura fundamental en la formación escolar moderna, y considerar la Lógica como una Retórica reducida, instrumental, adecuada sólo para el cálculo y deducción de aquello que no puede ser de otra manera.

La Retórica se ocupa de todo el lenguaje. La Lógica se ciñe a una parte de él. Nada que se reduzca a un inseguro e inquisitorial «quizá» encaja en el razonamiento lógico, aun cuando la investigación científica es justamente búsqueda, escaqueo, no certeza ciega.

EL HOMBRE ANIMAL RETÓRICO

En la *Política* de Aristóteles figura un párrafo aclaratorio, a menudo mal leído, que se ocupa del ser humano como *un ser social* (*politikós*). Seres sociales son también el perro y el gato y los animales gregarios. La especial sociabilidad humana tampoco reside en la facultad de comunicarnos, pues los animales tienen también sus medios de hacerlo. Se trata de una sociabilidad y una facultad comunicativa más desarrolladas que en otras especies. Lo exclusivamente humano es el *logos*. El uso del lenguaje articulado nos permite, no sólo obrar deliberadamente y dar cuenta de lo que sucede en nuestro entorno,

sino desarrollar y acumular un conocimiento creativo que no sólo resuelve problemas vitales y se enfrenta a situaciones naturales, sino que crea incluso nuevas necesidades, nuevas formas de vida y, sobre todo, una creciente serie de instrumentos o herramientas y de herramientas de herramienta. No es justo contraponer la Cultura a la Naturaleza, pues la naturaleza humana se expresa justamente creando cultura (*poiesis*). La acumulación de ideas y pensamientos para uso futuro (lo que llamamos *planificar*) es algo exclusivamente humano. Pues aunque el animal también afronta el futuro mediante el instinto, no le es posible, por ejemplo, concertar un encuentro para el miércoles.

La posesión de *logos*, esa facultad de raciocinio articulado mediante el lenguaje, es lo que nos distingue y –para bien o para mal– nos ha dado un poder decisorio y decisivo sobre nuestro entorno. Lo cual motiva el surgimiento de la Ciencia, como instrumento de dominio y defensa: Saber es poder.

Un análisis hermenéutico de ese ilustre párrafo aristotélico sobre el ser humano como *animal político* pone de manifiesto una concepción de la retórica o del lenguaje (ambos son lo mismo, como decía Nietzsche) como un arte de desarrollar en común nuestro conocimiento y de deliberar sobre la conveniencia o no conveniencia de unas acciones u otras. La facultad discursiva humana es la que nos permite distinguir lo bueno, lo útil y lo conveniente de aquello que debemos evitar o combatir. Que para eso está la ciencia y lo de «el saber por el saber» es aleatorio. El padre de la Lógica no hace alusión para nada a la búsqueda de la verdad en ese párrafo de la *Política*, definitorio del ser humano como animal poseedor de *logos*.

El ser humano no sólo tiene la *facultad de conocer* lo dado, sino también la *competencia de negar*. El poder decir que «no» a algo existente o posible, es característica del ser racional. El decir que sí o que no a algo –propio de una contraposición dialéctica de pareceres– legitima la actitud retórica más cauta del «quizá». La lógica científica –esa retórica reducida, con conceptos ajustados y fijos y cálculos cuantitativos– no permite vacilación. Vivimos sin embargo en tiempos en que la estadística lo invade todo disfrazando la ambigüedad y la incertidumbre con la afirmación tajante de lo futurible absoluto, de aquello que acaecerá, querámoslo o no. La Ciencia moderna, al no reconocer la contingencia de nuestro pensar y la retoricidad incuestionable del *logos*, no se contenta con la certeza de lo *demonstrable*, explicativa de lo ya hecho o dado, sino que pretende dictar la absoluta verdad de lo *deducible*, de lo que todavía no ha sucedido, como si nuestra existencia y nuestro entorno no adolecieran de esa fragilidad e inseguridad que envuelve a la existencia. Oímos hablar de lo «científicamente demostrado» como fórmula retórica de infalibilidad. La Ciencia de la era secular repudia la Religión, siendo ella misma una religión. «No hay más Dios que la Ciencia y Darwin es su profeta» podríamos oír de lo alto de un minarete astronómico. La habilidad diagnóstica de un buen médico está basada fundamentalmente en su capacidad deliberativa y su dominio de la retórica, algo que hoy es difícil de ver aceptado. Pues, como diría Aristóteles: «La enfermedad no existe, lo que existe es el enfermo. Pero no el enfermo en general, sino este, ese o aquel individuo».

EL HOMO INSTRUMENTALIS

El ser humano puede calificarse de *Homo instrumentalis*. Usamos herramientas para lograr resultados y conocimientos útiles. Nuestra propia biología depende de un conjunto

de *órganos* con funciones específicas. Paradójicamente aprendemos a usar herramientas sin reflexionar bien sobre ellas. Nos concentramos tanto en el fin que no vemos la relación que con él tienen los medios usados. Las herramientas acaban así dominándonos y lo imprevisto complica lo previsto. Eso es lo que caracterizaba la llamada *alienación*, tema de actualidad hace medio siglo.

Dos instrumentos básicos de nuestra sociedad moderna son el lenguaje y el dinero. Retórica y Economía son dos materias de estudio que analizan dos realidades significativas, es decir dos realidades relativas y meramente simbólicas, como si fueran ontológicamente sustantivas. La Retórica contempla el uso del lenguaje como expresión del pensamiento, sin desatender ningún sector en que se haga uso de él. Todo lo que es pensable y expresable puede ser sometido a la lupa de la Retórica. Y como cualquier ciencia y cualquier actividad humana es expresada o va acompañada del uso lingüístico, la Retórica debería ser considerada por los filósofos como la auténtica teoría del conocimiento. Mejor dicho: la Retórica es la *teoría del conocer*, de la elaboración del conocimiento, puesto que tiene por objeto de estudio el razonamiento y el razonamiento es el discurso que organiza todo conocimiento haciéndolo expresivo e inteligible. Pero si la Retórica va a ser el instrumento de estudio de cualquier lenguaje –sin distinción de objeto– entonces la Retórica debería hacernos conscientes también del porqué de su propia estructura y composición lingüística. «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay porqué». Sin contemplar retóricamente la propia Retórica y sin contemplar la retórica o uso del lenguaje en todos sus aspectos, la Retórica pierde su sentido y, a lo sumo, merece el nombre de Sofística. Si los mismos retóricos no saben con certeza lo que supone la Retórica, no es de extrañar que ésta caiga en constante menosprecio y que otras materias –tradicionales o de reciente creación (a veces con nombres grotescos)– descuarticen un complejo cognitivo lingüístico que sólo obtiene su fuerza a base de conservar la unidad teórica que lo une dentro de la misma asignatura. «Divídete y perderás» –podría decirse. La Retórica vigente está sólo literalmente a mitad de camino. No basta con ver más allá de sus narices. Hay que esforzarse por ver la misma nariz.

Quiero hacer notar, por si no lo habían advertido, que unas veces hablo de *retórica*, con minúscula, y otras de Retórica, con mayúscula. La actividad habitual de razonar, de hablar con sentido de una cosa u otra, es una actividad que, al ser descubierta en uno mismo, recibe el nombre de *retórica*. Retórica como actividad es sencillamente hablar con sentido. Por eso decía Nietzsche que *la retórica es el lenguaje*. Es decir el hecho de hablar. Pero si algo se puede hacer por costumbre y sin reflexionar en ello –como dice Aristóteles al comienzo de su *Retórica*– eso que hacemos puede convertirse en objeto de estudio. Tenemos así una teoría y una ciencia de la actividad expresiva y comunicativa humana que también llamamos «Retórica» y que yo escribo con mayúscula, para distinguir la teoría de su objeto.

Esta ambigüedad de todos los nombres que designan una actividad cognoscitiva y al mismo tiempo su producto o resultado –a veces incluso su instrumento– es un fenómeno retórico que se denomina *metonimia*. «Conocimiento = Acción y efecto de conocer» dice el diccionario de la RAE. Y lo mismo sucede con la palabra *lenguaje, teoría, ciencia* y, como indicaba antes, *retórica*. La acción y lo hecho llevan el mismo nombre. Nadie

mejor capacitado para desenmascarar esas mezclas metonímicas de significados que un especialista en Retórica. Sin embargo, no hay recurso retórico que sea más difícil de verificar que la metonimia.

Se ha hablado mucho, incluso en campos ajenos a la Retórica, de la *metáfora* (que también es un término metonímico) pero su hermana casi gemela, la *metonimia*, es la cenicienta de la Retórica. Es curioso que los retóricos no adviertan que la palabra *Retórica* (y también *metáfora*) es metonímica. Este es el ejemplo más claro de que la Retórica no ha cumplido su papel más importante, conformándose con estudiar el lenguaje desde fuera, sin empezar por barrer en su propia casa, antes de juzgar a los demás. Y es que, como veremos, los tropos no fueron el elemento fundamental de los estudios retóricos ni siquiera para Aristóteles.

EL ARTE DE PERSUADIR

Al leer la *Retórica* de Aristóteles advertimos cómo al comienzo fomenta la idea de un *arte de persuadir*. Esta ha sido la concepción predominante. Se busca la práctica de una argumentación convincente, es decir lógicamente bien estructurada. Afirma explícitamente el parentesco con la dialéctica. Conectando la Retórica con los textos del *Organon*, donde esa Retórica tiene cabida perfecta, se ve su semejanza y su competencia con la sofística y la erística.

Llama la atención cómo aquello que da a conocer la argumentación, el discurso o *logos*, incluye un elemento subjetivo (el *ethos*) y un elemento emocional (*pathos*). Todo discurso contiene así tres tipos de mensaje: el asunto, la imagen que transmite acerca del que lo enuncia y la impresión que hace en el receptor. Sea la culpa de Aristóteles o de sus compiladores, el caso es que no se llega a ajustar la terminología, llamando *pragma*, no *logos*, al asunto tratado en el mensaje. El término *logos* crea confusión y debería aplicarse al conjunto de los tres mensajes de un mismo discurso (*pragma, ethos, pathos*). Ya Dionisio de Halicarnaso (secundado modernamente por otros) echó de menos el *pragma*. Pero tampoco el término *pathos* es suficiente para aludir a la influencia del hablante en el auditorio. Pues un buen formulador de mensajes no sólo trata de influir emocionalmente en el oyente, sino que sobre todo cuenta con sus presuntas ideas, conocimientos y prejuicios. Se trata de decir lo que encaja bien en el oyente. El *entimema* –uno de los conceptos más valiosos de la Retórica aristotélica– se apoya tácitamente en las presupuestas ideas y opiniones del oyente, inclusive la tópica. El entimema es lo que actualiza el diálogo.

No hay que rasgarse las vestiduras porque los inventores de una teoría o una ciencia inicialmente vean sólo usos parciales de sus elementos. Lo absurdo y peligroso es que generaciones siguientes sigan manteniendo la reducción del uso de esos instrumentos. Es como si hoy siguiéramos considerando un ordenador como una máquina de escribir. El dar por absoluto o definitivo todo lo que han dicho las autoridades en la materia es lo más antiaristotélico que darse pueda. Nadie más claramente que Aristóteles recomendaba la propia experiencia como base del conocimiento y prefería los continuadores a los segudiores. A pesar de su aprecio por los compañeros de la Academia prefería seguir su propia convicción personal: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, como lo tradujo Ammonio.

Está claro que Aristóteles, con su teoría retórica, buscaba apartarse de la persuasión sofística. El concepto aristotélico de *TEKNE* no deja empero de ser problemático. Nuestra moderna distinción entre *arte* y *técnica* y la diferencia entre la mera *descripción* y la *recomendación* dan a la Retórica un uso equívoco y la distinción entre *Rhetorica docens* y *Rhetorica utens* no resuelve el problema. Se trata de distinguir entre «cómo se hace» y «cómo se debe hacer», un «cómo» teórico y un «cómo» práctico. La Retórica puede ayudarnos a comprender cómo se desarrolla habitualmente un discurso, qué recursos son normalmente utilizados y por qué una forma de expresión y de argumentación tiene éxito persuasivo y otra no. Sin embargo, suele usarse la Retórica sólo como una ayuda para elaborar discursos propios y lograr fines de persuasión. Se trata de vender cualquier mercancía. Ese es el uso de la Retórica que advertimos por doquier y que se oculta bajo denominaciones tan nuevas como ridículas (p. ej. el llamado *coaching*).

Una retórica reducida a mero *arte de persuasión* no logra superar el nivel de la sofística y deja a un lado los elementos más valiosos del uso del lenguaje. La relación equilibrada entre los tres aspectos o mensajes del discurso (*ethos*, *pathos*, *pragma*) se deja a un lado y lo que se busca es el éxito personal (*ethos*) y la persuasión del cliente (*pathos*), mientras que la calidad del asunto (*pragma*) resulta secundaria. Lo importante es vender, no lo vendido. Los efectos de ese uso del lenguaje se están haciendo cada vez más patentes en nuestros días, con los recursos comunicativos modernos. De la sociedad a la suciedad no hay más que un paso.

EL ARTE DE EXPRESARSE

La Retórica aristotélica oculta una ambigüedad en la concepción de lo retórico. Si bien la concepción que se formula en sus líneas iniciales –a duras penas mantenida en los dos primeros libros– cambia su orientación al pasar al libro III, ese *Peri lexeos* o *Tratado del estilo* cuya inclusión en la *Retórica* de Aristóteles algunos han puesto en tela de juicio. Mientras el primer párrafo del libro I presenta a la Retórica como gemela de la Dialéctica, el libro III conecta más bien a la Retórica con la Poética y la Literatura. En lugar de un arte y ciencia de la *argumentación*, la Retórica pasa a serlo de la *expresión*. Coincide esto justamente con la concepción de la Estética de Benedetto Croce.

¿Qué es pues lo fundamental de la retórica y de su teoría: la argumentación o la expresión? La argumentación es una cuestión de sintaxis: mera lógica formal. La única argumentación apodíctica, cuya incondicional veracidad depende sólo de la correcta estructura de las premisas y la conclusión, es la matemática. Razonar lógicamente es sin duda retóricamente importante; pero sin llenar los huecos formales de un discurso de contenido expresivo –un contenido que haga referencia a un sentido comúnmente aceptado (un sentido común)– la argumentación es como una cáscara vacía de fruto. Una argumentación que no se nutra de una *teoría de la expresión* (mejor dicho: una teoría del *expresarse*, para evitar la metonimia) origina una Retórica carente de *sentido*. No se trata de decir por decir, sino de saber lo que decimos y lo que queremos decir.

Aun cuando la idea de argumentación domina en el primer libro de la Retórica de Aristóteles, la necesidad de ocuparse de la expresión se hace ya patente en la importancia de la *inventio*, de la búsqueda de lo que hay que decir. Esto lleva a la búsqueda de argumentos y a la tópica o lugares comunes. Pero cada argumento hay que elegirlo y formularlo en expresiones concretas relativas al asunto o *pragma*.

La elección de una u otra expresión condiciona totalmente el llamado *género demostrativo* (*dikanikon*), uno de los absurdos de la teoría retórica de los géneros dócilmente aceptada.

INCONGRUENCIA DE LOS LLAMADOS GÉNEROS

Tres son los llamados géneros retóricos: judicial, demostrativo y deliberativo. Diremos de pasada que la denominación de *judicial* para los razonamientos sobre lo pasado supone una reducción semántica como la del concepto de *pathos*. Todo discurso *evaluativo* de los hechos pasados debe incluirse en ese tipo de discurso, sin limitarse al ámbito jurídico. Razonamos constantemente acerca de lo que se hizo y lo que no se hizo o se debió hacer, con miras a una deliberación que mejore nuestra actuación futura. Ahora bien, si es justo hablar de un razonamiento *evaluativo* y un razonamiento *deliberativo*, la intercalación de un *genus demonstrativum* carece de criterio.

Un *criterio* es lo que hace coherente una clasificación. Se ha tratado de unificar los tres mal llamados géneros bajo el criterio de lo temporal: razonamiento sobre lo pasado, lo futuro y lo presente. Pero el llamado *género demostrativo* no tiene nada que ver con el presente y reducirlo a la oratoria fúnebre o a la de banquete trivializa la elección expresiva. Lo «demostrativo» se halla también presente en los razonamientos evaluativos o deliberativos, cosa que el mismo Aristóteles –autor de la inconsecuente clasificación– se ve obligado a constatar. El elegir una expresión u otra, realzando o disminuyendo el valor de lo mencionado y fomentando su aceptación o su repudio, es también fundamental en la argumentación, al lado de la corrección formal de los entimemas y las deducciones. Lo importante en el discurso no es el plato y la cuchara, sino el alimento cuya función éstos facilitan.

No ha faltado en la historia de la oratoria una concepción de la retórica como arte expresivo ornamental, más bien que argumentativo. Una retórica concebida como *arte de la expresión* nos lleva directamente al estilo y a la teoría de los tropos. Aristóteles usa la palabra *metáfora* para lo que nosotros denominamos *tropo*, sin desarrollar su teoría ni distinguir la *metáfora* de la *metonimia* y la *sinécdoque*. No he logrado saber cuándo se creó el término *metonimia* que Quintiliano llama *denominatio*.

EL SECUESTRO DE LA METÁFORA POR LA LITERATURA

La metáfora y los demás tropos han sido secuestrados por la estilística literaria. Se considera la *metáfora* como la denominación de un objeto o situación mediante la evocación del nombre de algo análogo. Lo cual facilita la expresión poética. Poco a poco se cayó en la cuenta de que todo el lenguaje cotidiano está plagado de metáforas. «He oído más metáforas en una día de mercado en París que en toda la literatura francesa» decía Dumarsais. Cognitivistas y psicoanalistas han mostrado que la metáfora invade el lenguaje en todos sus sectores, incluso el científico. Se habla incluso de metáforas muertas, expresiones hoy tan usuales que no se capta su origen metafórico. Esa costumbre de explicar las metáforas a partir de su uso poético es como colocar la carreta delante del buey y confundir la causa con el efecto.

La metáfora y la metonimia son recursos mentales expresivos sin los cuales el lenguaje se haría imposible. No hay metáforas y términos literales. Todo es metafórico o metonímico. En nuevas situaciones nos expresamos con apoyo en la memoria de algo anterior, repitiendo una expresión o reutilizándola, con un desplazamiento de sen-

tido adaptado a la nueva situación. Si la metáfora se funda en la *analogía*, la metonimia lo hace en la *asociación*. La semejanza y la relación de aspectos nos hace repetir expresiones de una situación a otra y de un momento a otro. El mecanismo metafórico hace posible también la narración y el ejemplo. La ciencia utiliza el ejemplo para facilitar la comprensión.

El mecanismo cognitivo presente en el discurso se manifiesta en la propia composición de las palabras, a base de reutilizar morfemas y lexemas (eso que denominamos *etimología*), con fundamento en mecanismos semejantes. El análisis etimológico nos permite entender por qué determinadas raíces fueron elegidas para denominar cosas y situaciones de índole diversa, basándose en un rasgo común o en una asociación. Ese reconocimiento nos permite además juzgar lo acertado o desacertado de la elección terminológica. Los lexemas cuentan sincrónicamente con hermanos y originan diacrónicamente descendencia.

La Retórica como *ciencia de la expresión* supone un entrenamiento acerca de la creación y elección de vocablos adecuados. La elección entre palabras de configuración diferente pero de referencia próxima origina la sinonimia.

CONCLUSIÓN

La Retórica considerada como oratoria se ha centrado en un dominio del lenguaje para convencer al oyente. Lo cual supone una situación sospechosamente asimétrica. Una formación escolar retórica, necesaria para echar los cimientos de una auténtica ciudadanía democrática, no consiste en la habilidad de hacer uso del lenguaje, sino sobre todo en la competencia para juzgar lo que se dice. Se trata de una formación retórica tanto para saber decir como para saber escuchar. Una ciudadanía sana no se deja engañar por los mensajes que nos acosan por doquier. El dominio del lenguaje implica también el no ser víctima de él. La sabiduría retórica es la base de una sociedad vigilante. ■